

La vida interior se hace más movida y dramática cuanto más la exterior se uniformiza y al parecer empobrece¹.

1. EN UN PUEBLO DE LA MANCHA CUYO NOMBRE ES MADRID...

En este mes de septiembre de 1880, cuando llega Miguel a la capital para estudiar Filosofía y Letras, la dulce imagen de Concha lo acompaña; también lo habita el recuerdo doloroso de la abuela materna Benita, muerta a los sesenta y ocho años de apoplejía el 9 de febrero del mismo año. Ya añora su patria chica, pero a la vez le excita la perspectiva de descubrir la Villa y Corte y está «henchido de ilusiones» (VIII, 151).

Con todo, a primeras horas de la mañana, el contacto inicial con esta capital que le parece gigantesca —cuenta entonces con cuatrocientos mil habitantes— es penosísimo y esta primera sensación, sin duda afianzada por la angustia ante lo desconocido, «forma la base de las impresiones todas que va sucesivamente recibiendo de la corte»². Al salir de la estación del Norte, sube por la cuesta de San Vicente y mientras se dirige hacia la Puerta del Sol bajo la pálida luz matutina, Madrid se le aparece como una ciudad gris, triste y sola, sucia, deprimente y trasnochadora. Para él, es como «un pobre mochuelo sorprendido por la luz del sol, una pobre mujerzuela de vuelta de un baile fangoso» y no se encuentra a gusto entre «caras extrañas, cataduras tristes, mendigos de retirada, los últimos trasnochadores y los madrugadores primeros, los detritus del vicio y de la miseria, y el trajineo de la basura».

No le agrada más su buhardilla de la pensión estudiantil de la casa de Astrarena, entre las calles de la Montera y Hortaleza, «junto al hormigero de los transeúntes por la Red de San Luis» (I, 1031),

aproximadamente donde se alza ahora la Telefónica. El estudiante se siente tan solitario que pronto busca por las calles la posibilidad de olvidar su aislamiento y exclama: «¡Qué triste es vivir solo! Pobre del alma que camina sola». También opina que «no hay cosa más triste que devorar en silencio nuestros pesares y alimentarnos de nuestro propio espíritu sin tener un corazón gemelo con quien partir el fuego que en el mundo arde»³.

Aunque a menudo se propone dejar de frecuentarlos, le atraen irresistiblemente los famosos cafés del Madrid de fin de siglo, pero no son tan acogedores como el Universal de Bilbao. En estos lugares públicos siente Miguel una profunda decepción, pues nadie escucha al otro y las conversaciones se le antojan fútiles; sólo se habla «de toda clase de vaciedades». Busca sociedad y trato «en que se entre sin esfuerzo y como llamando, almas en que verter su alma y a todos halla distraídos, encastillados a todos en sí mismos». Los diálogos le resultan «monólogos entreverados en que cada cual sigue su rumbo y línea, quedando impenetrables las almas».

Su soledad en medio de la multitud es aún más insoportable y cuando se acuesta es «para soñar y soñar tristezas». La ausencia de Concha es a veces tan insoportable que de noche se ovilla en la cama para enfrascarse en su mundo imaginario y volver a encontrarse con ella:

Yo, cuando llega la noche, y estoy cansado del trabajo, me desnudo y acuesto, me acurruco en un rincón, me tapo bien, y cuando tengo calientes los pies y nada me incomoda pienso en ella, no espiritual, ni abstracción pura, ni allá en las eternas moradas, sino aquí abajo y cerca, muy cerca haciéndome sentir la hermosura de este santo mundo. Y así me viene el sueño, y duermo con el sueño de la conciencia tranquila⁴.

Para el bilbaíno, Madrid es como una aldea animada por los chismes y murmuraciones de los cafés. En las tertulias, los temas predilectos son la política, el teatro y el toreo; triunfan «tres parejas» que suelen dividir a los madrileños y a los españoles: los políticos Antonio Cánovas del Castillo y Práxedes Mateo Sagasta, los actores Rafael Vico y Antonio Calvo, los toreros Lagartijo y Frascuelo (VIII, 369). A Miguel le parece que ciertas familias de la pequeña burguesía se pasan más tiempo en estos establecimientos que en sus hogares e incluso ve el Parlamento como un café más grande.

Con los meses, va convenciéndose de que Madrid es una capital artificial, una ciudad sin vitalidad por la enorme presencia de los burocratas, muy opuesta a su Bilbao nativo, mercantil y dinámico. Para él, «esto no es pueblo, es un enjambre de zánganos que viven agrupados, nada más». Le parece que la Corte «es montón de pretendientes, empleados, transeúntes, vagos, pródigos, literatos y gente mil sin hogar y sin sosiego y de cuatro abejas que las mantienen»⁵.

La nostalgia del provinciano es cada vez mayor y no la mitigan las confortadoras cartas de su madre y de su novia. Hasta llega a soñar ensueños no de gloria sino de ahincado estudio en «su nativo rincón, en su Bilbao, al abrigo de un hogar propio, con propia mujer» (VIII, 1221).

En la pensión, cuando se pone a estudiar, el recuerdo de su terruño es aún más fuerte si lee libros en vascuence que tratan de su tierra natal, y cuando los deja, ya no puede pensar en otra cosa ni siquiera estudiar. Le persigue la idea de su Vasconia, pero no se demora en una cosa concreta ni fija, sino en «ideas desatadas y vagas como las que asaltan la imaginación cuando se está mirando el cielo o el humo del cigarro»⁶. Y por más que haga, le cuesta deshacerse de su morriña que crece al comparar la Ciudad y Corte con la *Invicta*.

2. ENTRE MADRID Y BILBAO

En diciembre de 1880, en el momento de las primeras vacaciones de Navidad fuera de casa es cuando siente más que nunca su soledad y considera el abismo que media entre las dos ciudades. El pesar de haber dejado la paz protectora del hogar le es casi insostenible y añora profundamente su «bochito» más íntimo y apacible. Sólo tiene dieciséis años y le produce una tremenda impresión quedarse solo, pues está acostumbrado a unas fiestas hogareñas, recogidas, sin bullicio alguno. Al contrario, en la Corte descubre «unas Navidades callejeras, de estrépito y bullicio y de borracheras, de entrar y salir en los cafés [*sic*], formando largas filas e hiriendo a los oídos con toques de panderos y almireces» (VIII, 369). En la noche del día de Reyes suelen salir algunos ciudadanos de buen humor con unas escaleras al hombro a esperar a los reyes... celestiales. Quieren divertirse pero no lo entiende así el alcalde quien publica un bando prohibiendo las rondas de la escalera y las antorchas

como no pague cada grupo 25 pesetas de licencia. Además el Ayuntamiento justifica esta condición por no tener *objeto realizable* tal diversión⁷.

Las demás fiestas le ofrecen otras tantas ocasiones de notar los contrastes: aquí, son tristes y lúgubres; allí, son bullangueras y alegres. Lo peor son los Carnavales, que ofrecen al estudiante un pésimo espectáculo, el de una corte de milagros, de «comparsas de desgraciados, cojos, mancos, ciegos, tullidos disfrazados con cofias y camisas de mujeres, que presididos por un ciego sobre un borrico van pidiendo por esas calles de Dios con su pendón en mano»⁸.

Miguel no deja tampoco de advertir las diferencias entre los climas y los paisajes, lo que le produce un nuevo arranque de morriña:

Este cielo radiante de Madrid que no consigue templar el invierno me aviva el recuerdo de la tibieza de nuestro cielo de nubes.

El campo aquí parece un mar petrificado, sólo al Norte le cierra el Guadarrama donde se hiela el aire que viene de nuestros montes. Este mismo Sol asoma entre las nubes rotas de mi cielo y tras el Guadarrama hay tierra y más tierra y más allá mi tierra que me llama. Pega aquí todo el cielo sobre el hombre, no hay montañas que le sirvan de sostén⁹.

Al considerar la arquitectura y las construcciones de la capital, recuerda su querido mirador de la calle de la Cruz más ameno y acogedor que la buhardilla de Madrid. El paisaje urbano de la Restauración contrasta con el casco antiguo de Bilbao y Miguel está tan triste y absorto que ni siquiera se da cuenta de que la capital se está transformando y modernizando. Comienza a funcionar el tranvía, y se realizan los primeros ensayos eléctricos a partir de 1881, pero para él Madrid sigue siendo «un inmenso colmenar donde pululan políticos, escritores, solicitadores, solicitantes y mil gentes de mil cataduras diversas, un pueblo sin unidad de fin y de impulso»¹⁰ (VIII, 178). Parece que Miguel se complace en recalcar las diferencias entre la Corte y Bilbao; incluso coteja los caracteres de los habitantes de ambas ciudades:

Bilbao [es] un pueblo cuya máquina robusta mueve un mismo motor y dirige [*sic*] una misma vía; esto, montón de casas agrupadas a la sombra de los ministerios y oficinas públicas como los pollos bajo las alas de la gallina, y eso un organismo nutrido con savia de hierro, ahí falta sociedad, y aquí sobra.

Los bilbaínos no sabemos ni aunarnos ni separarnos, y nuestro individualismo, fecundo en mil cosas, en otras mil resulta antisociable y feroz. El bilbaíno es mixto de timidez privada y energía pública; ahí los individuos se relacionan más que las familias; [...] eso es un convento de comerciantes; y cualquiera diría, visto el recelo con que acojemos [*sic*] al prójimo, que tememos un engaño (VIII, 178).

No se le olvida establecer una comparación entre la vida cultural de las dos urbes. La cultura madrileña se encierra en los periódicos y en los teatros por horas, pues los habitantes son muy aficionados a este género, mientras que los bilbaínos lo estiman en menos; pero Miguel no lo ve como una desventaja y aún menos como un atraso. Le sorprende que en el Ateneo de Madrid no haya proporcionalmente más lectores que en La Bilbaína, principal biblioteca de su ciudad natal. Y aunque Madrid es una inmensa colmena, se siente paradójicamente más solo y triste entre tanta gente que en cualquier sitio, ya que hasta al pasear por un bosque «puede prestar uno a los árboles los sentimientos que se le antoja, benévolos y simpáticos casi siempre», mientras que «aquí no es dable hacer eso, miran todos de un modo tan torvo y duro que parece son acreedores del infeliz que les mira». Además, «se pierde aquí mucho tiempo en trotar calles, en adquirir relaciones, en pedir favores y buscar recomendaciones»¹¹.

Esta soledad que siente en Madrid y su afición ya antigua a las lecturas y a las meditaciones le incitan sin duda a volcarse cada vez más en el estudio. En las diferentes pensiones en las que se hospeda a lo largo de su periodo universitario, busca la cercanía a la calle Noviciado por la proximidad con la Universidad Central. Después de la casa de pensiones Astrarena, vive en la plaza de Bilbao durante el curso 1882-1883; al doctorarse, se muda al 36 de la calle de Mesonero Romanos. Así sigue su monótona vida de estudiante y apenas sale de su cuarto, salvo para las tareas universitarias y extrauniversitarias en el Ateneo, donde «lee mucho, constante y compulsivamente».

Pero sea lo que fuere, la nostalgia de su tierra es tan fuerte que Miguel frecuenta el Círculo Vasco Navarro, lugar de sociabilidad donde conoce a muchos paisanos y descubre los coros del Orfeón. Aunque no es músico, acude al sitio para hallar un poco de calor humano y allí, con la cabeza apoyada en los cojines rojos, se duerme con el arrullo del coro¹².

También los domingos, muy de mañana, acude a la Fuente de la Teja, llevado por el deseo de oír hablar en vascuence a las criadas que suelen reunirse allí para recordar su tierra¹³. Algunos domingos es invitado a comer por Felipe de Zuazagoitia, de origen vergarés, y el encuentro con otros vascos suaviza un poco su nostalgia; lo acompaña su primo Telesforo, que le lleva cuatro años y estudia Farmacia y Ciencias¹⁴.

Pero aunque siente añoranza de su Bilbao natal, cada vez que vuelve a su «bochito» nota con tristeza que la ciudad de su niñez va cambiando conforme pasan los años e incluso los meses. La población aumenta regularmente acarreando una irremediable transformación del paisaje urbano que conoció. Por los años ochenta, la llegada masiva de inmigrantes que corresponde a una industrialización rápida y fuerte afecta al sector de la ría además de a otro distrito, Valmaseda, zona minera e industrial, polo de atracción para los futuros «maquetos», «los pozanos»¹⁵. Se produce precisamente el gran salto técnico de la industria vasca, la «revolución siderúrgica» entre los años 1878 y 1882. La nueva burguesía que ha acumulado capitales con la exportación de mineral está ya en condiciones de iniciar la creación de la gran siderurgia¹⁶.

Parece que Miguel no quiere ver la rápida industrialización de la ciudad del Nervión; se refugia a menudo en sus ensueños, sustrato de su amor a la patria chica y confiesa: «A pesar de todo, prefiero mi pueblo a este amasijo de pueblos: nuestro hermoso y fértil campo sin roturar, a estos páramos exhaustos y cansados que imploran largos años de barbecho; el rápido despertar de Bilbao, a este eterno crepúsculo poniente de Madrid» (VIII, 178).

En la geografía sentimental de su «bochito», la Plaza Nueva sigue ocupando un lugar predilecto, y concede que a cualquier bilbaíno o conocedor de Bilbao no dejará de chocarle que sea este sitio lo que más le gusta de su pueblo. Pero así es, y en sus momentos de desaliento, se dice a menudo: «¡De qué buena gana daría yo ahora unas cuantas vueltas en la Plaza Nueva!», y halla otro «preservativo» contra la tristeza componiendo versos:

Plaza nueva, plaza nueva,
noria de amantes parejas
¡qué de recuerdos te llevas
qué de esperanzas me dejas!¹⁷

También como un viajero inmóvil, trata de estar presente en su tierra gracias a sus publicaciones. En sus primeros apuntes, Miguel se refugia en la escritura para traducir sus sentimientos e impresiones del momento, sea con aforismos y sentencias, sea por medio de cuentos¹⁸. En septiembre de 1880 manifiesta su interés por la lengua vasca exponiendo sus «Pareceres y Opiniones relativos al euskera o idioma vascongado». En una de sus libretitas con tapas de hule que lleva siempre, el estudiante recopila diferentes citas, por ejemplo una declaración del padre jesuita Manuel de Larramendi según la cual el vascuence fue siempre una «lengua adulta y perfecta», aserción que le da argumentos para demostrar la primigenia del idioma vasco sobre el resto de las lenguas peninsulares.

Asimismo, en torno a 1880, los textos «Lamentaciones» y «La moderna Babel» expresan su amor a una «Vasconia legendaria de pasados siglos» y juzga con ironía la política liberal exclamando: «Hay libertad de votar, libertad de escribir, libertad de pensar, y de creer; ¡que majadaría! [*sic*] ¡como si el creer ni el pensar pudieran estar sujetos a esclavitud, más tarde traerán VV. libertad de definir!»¹⁹.

Por las mismas fechas, en el cuento-parábola «Los médicos y el enfermo», reflexiona acerca de la situación de su país: España es la enferma, los médicos son los partidos políticos y la Hermana de la Caridad, la Religión Católica. En fin, hace un poco de «gimnasia mental» dedicándose a unas disquisiciones filosóficas y filológicas en el manuscrito titulado «¿Es nada o no es nada?», evidente reminiscencia de las clases de latín del señor Barrón y de la perplejidad del discípulo ante la afirmación según la cual en latín las dos negaciones de «no hay nada» equivalen a una afirmación²⁰.

En la misma época, Miguel redacta un largo poema sentimental y desesperado dedicado a una novia que se muere de amor, y aunque no pronuncia nunca el nombre de Concha bien podría tratarse de ella por el homenaje a sus hermosos ojos: «Por eso loco, el corazón amante / a tus ojos rendí»²¹. Este poema deja suponer que las cartas cruzadas entre los dos jóvenes debieron de ser muy numerosas durante un «noviazgo epistolar» de 15 años²².

En otro manuscrito de noviembre de 1882, «Al pie del árbol santo», el estudiante adopta la forma de un artículo para referirse a la emoción sentida ante el roble de Guernica, encarnación de los fueros y de la libertad del pueblo euskaldún, y confía: «Nunca podré

olvidar la tarde en la cual visité el simbólico árbol de Guernica. Mi corazón bascongado (con b) ante todo, latía con vigor al compás de la savia regeneradora del roble, y bullía mi cerebro soñador bajo la sombra de la copa extensa del signo redentor». Exalta al vasco como hombre de fe y aboga por la unión vasco-navarra como lo ilustra su grito final: «¡Esperad! Y si hasta hoy si se os ha dicho, ¡Aurrerá!, ¡adelante!, decid desde hoy vosotros, ¡Gorá! ¡Arriba! Crezcamos que no basta adelantar, ¡Gorá!»²³. Luego, distribuye copias a sus amigos bilbaínos de esta «hinchada y altisonante invocación», pero dos años más tarde, cuando se dispone a leer y defender la tesis en Madrid, enjuicia este desahogo casi «ossiánico»: «Hoy he variado mucho, y ya no extraviado por las locuras de ciertas gentes me parece mi país sencillo, natural, nada fantástico»²⁴.

La nostalgia casi permanente del estudiante favorece sus primeros ensayos de publicista y escritor pero, al mismo tiempo, no descuida la carrera y estudia con empeño durante los cuatro años madrileños.

3. LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Como estudiante oficial, Miguel de Unamuno se matricula en la Facultad de Filosofía y Letras, provisto del título de bachiller expedido por el rectorado de la Universidad de Valladolid el 17 de agosto. Un día antes de cumplir los 16 años, el 28 de septiembre de 1880, solicita de su puño y letra ser admitido en la facultad matritense de Filosofía y Letras, una de las cinco que abarca la Universidad Central. Ésta es la única en conceder el grado de doctor en España, la más prestigiosa de las diez entidades encargadas de la enseñanza superior desde el Plan Pidal de 1845²⁵.

El joven forma parte de la élite de la nación ante todo por el precio de la carrera, pues la Universidad cumple con el objetivo de formar a las clases dirigentes y ello implica que sólo las familias más pudientes puedan sostener los gastos escolares y personales; además de la carrera ya larga de por sí, hay que contar con los costos de matrícula, títulos, exámenes, libros y material de todo tipo, pensiones y gastos personales, desplazamientos. También Miguel es un privilegiado con respecto a la alta tasa de analfabetos —un 71 por ciento en 1877—, lo que supone un estudiante por cada 10.000 habitantes. La carrera

consta de tres cursos durante los cuales los alumnos tienen que seguir tres asignaturas al año²⁶.

El mozo tiene tan sólo 16 años al matricularse, lo que corresponde a la edad media de entrada en la Universidad²⁷. El alumnado público es más bien heterogéneo, pero el tratamiento de los catedráticos es igual para todos a pesar de las diferencias de edad. La asistencia a clases es obligatoria y los profesores tienen que registrarla, pues desde 1852 las ausencias de más de 15 días acarrearán la pérdida del curso. No obstante, existe un fuerte absentismo y muchos estudiantes suelen adelantar las vacaciones. Los profesores dan clases de hora y media: después de su lección magistral expuesta durante 45 minutos, contestan a las preguntas antes de dar la orientación del trabajo. La Universidad Central está ubicada en la calle Ancha de San Bernardo y aprisionada en el convento de las Salesas Nuevas. El caserón con sus destartados cuartos es siempre objeto de insuficientes reformas arquitectónicas y sus «vulgarísimos claustros» carecen de espacio y de luz.

La «Oración inaugural» que señala el principio de las clases tiene una particular resonancia pues es pronunciada por un catedrático de turno designado por el rector, en presencia del rey, de los oficiales auxiliares de la Universidad y del cuerpo diplomático. Cuenta también con la prensa y el ministro de Fomento, pues hasta 1900 no existe un Ministerio de Instrucción Pública. Esto justifica el tinte conservador de la mayoría de las oraciones inaugurales de la época porque el rector, designado por la Administración, tiene que dar el visto bueno a este discurso.

Con motivo de la apertura del curso 1880-1881, el catedrático de Ciencias don José M^a Solano y Eulate funda su discurso en la complementariedad entre Ciencia y Religión. En un ambiente de polémicas entre liberales y conservadores, aboga claramente a favor de la Religión y es de suponer que estos argumentos impresionan al joven bilbaíno, imbuido de sus lecturas de adolescencia, de temperamento inquieto y curioso²⁸.

En la Universidad de la Restauración existe una pugna entre la Iglesia y el Estado, que quiere imponer un saber secularizado, pero cuando llega Miguel, los grandes debates han perdido algo de su intensidad. Durante su primer curso, más exactamente el 3 de marzo de 1881, aparece la circular de José Luis Albareda que repone a los catedráticos separados de la Universidad y restablece en la docencia oficial la libertad doctrinal de cátedra.

